

www.elboomeran.com

LUKE RHINEHART

LA INVASIÓN
DE LAS BOLAS PELUDAS

TRADUCCIÓN DE MARÍA LUZ GARCÍA DE LA HOZ

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

*A mi esposa Ann, quien, a pesar de mi continuo
lamento asegurando que estaba muerto,
siguió insistiendo en que todavía respiraba*

ÍNDICE DESCRIPTIVO

1. BILLY. Billy lleva a casa un pez extraño.
2. HISTORIA OFICIAL. La Unidad A busca terroristas alienígenas.
3. BILLY. Louie lesiona a una criatura inocente.
4. BILLY. El superperro ártico no está en casa.
5. INFORME DE LUKE. Que Louie hackee la Agencia de Seguridad Nacional no se ve con buenos ojos.
6. BILLY. Billy no puede librarse de su amigo Louie.
7. BILLY. Billy admite que no es un buen americano.
8. BILLY. El agente Johnson le dice a Billy que tiene un grave problema.
9. INFORME DE LUKE. El presidente habla sobre el peligro de las bolas peludas.
~ EXTRACTO DE PRENSA: Algunas definiciones proteicas.
10. BILLY. Billy descubre que medio millón de dólares no duran mucho.
11. INFORME DE LUKE. Los medios de comunicación encuentran a los PEs divertidos y peligrosos.
~ EXTRACTO DE PRENSA: Osos polares en Central Park.
12. BILLY. Billy accede a regañadientes a ser una estrella de la televisión.
13. BILLY. Los Morton ayudan a Louie a parecer humano.
14. BILLY. Louie aparece como invitado en la televisión, y también los federales.
~ EXTRACTO DE PRENSA: Seis principios republicanos básicos.
15. BILLY. Lita asegura que su perro ártico no es un terrorista.
16. BILLY. Louie, embarazado, necesita la ayuda de Billy.
17. BILLY. Una charla con el ejecutivo de EPA.

18. HISTORIA OFICIAL. La madre Teresa en la lista de personas a las que se prohíbe volar.
19. BILLY. Billy es registrado al pasar el control de seguridad.
~ EXTRACTO DE PRENSA: ¡Todos los americanos deben ir armados!
20. BILLY. Louie da a luz a Louie-Segundo.
21. INFORME DE LUKE. El arma secreta de los federales atrapa a un PE.
22. HISTORIA OFICIAL: Los federales cortan a Louie con una motosierra.
23. INFORME DE LUKE. Louie-Segundo y Gordito al rescate.
24. BILLY. Los buenos chicos huyen al mar con un acrobático oficial de primera.
25. BILLY. El guardia costero no encuentra nada, pero atemoriza a todos.
~ EXTRACTO DE PRENSA: Más definiciones proteicas.
26. HISTORIA OFICIAL: Nueva ley para declarar humanos a los PEs. O algo así.
~ EXTRACTO DE PRENSA: Artículo de Louie para el *Times*.
27. BILLY: Primera relación sexual interuniversal.
28. BILLY. Billy atraca el barco y se siente feliz.
29. INFORME DE LUKE. Molière escribe una obra de teatro.
30. BILLY. Louie quiere volar a Billy y su familia.
~ EXTRACTO DE PRENSA: Los tsongaleses emigran a Wali Wali.
31. BILLY. La obra de Molière se estrena. Y se clausura.
32. INFORME DE LUKE: Billy y su familia saltan en pedazos.
~ EXTRACTO DE PRENSA: Los gritos de unas animadoras se vuelven virales.
33. BILLY. ¡Están vivos! ¡Están vivos!
34. BILLY. Billy visita las ruinas de Irak.
35. INFORME DE LUKE. Lita prefiere la suciedad.
36. BILLY. Billy se va de fiesta con un insólito agente de la CIA.
37. HISTORIA OFICIAL. El agente Johnson cree que Billy está vivo.

- ~ EXTRACTO DE PRENSA: Los demócratas quieren prohibir el pensamiento.
38. BILLY. Se planea la segunda resurrección de la historia.
39. BILLY. Los Morton muertos causan sensación cuando hablan.
40. BILLY. Louie-Segundo corrompe a Lucas y a Jimmy.
- ~ EXTRACTO DE PRENSA: Se investiga el descenso de las ventas de Navidad.
41. INFORME DE LUKE. Los pequeños Morton van a bañarse en febrero.
42. BILLY. Billy es arrestado por desatender a sus hijos y doscientas cosas más.
43. INFORME DE LUKE. Louie se rinde en el País de las Maravillas.
- ~ EXTRACTO DE PRENSA: El candidato republicano respalda por el dinero.
44. BILLY. Los PEs están empezando a perder.
45. INFORME DE LUKE: Por qué Galimatías no fue presidente.
46. HISTORIA OFICIAL: Todos los proteicos son culpables hasta que se demuestre lo contrario.
47. HISTORIA OFICIAL. Louie y Johnson no están de acuerdo en nada.
48. HISTORIA OFICIAL. Molière y el presidente no simpatizan.
49. INFORME DE LUKE. El investigador jefe Rabb pronuncia un discurso infame en la ASN.
50. INFORME DE LUKE. El investigador jefe Rabb asegura: «¡Soy yo!».
51. BILLY. En su juicio, parece que Louie podría no ser Louie.
52. INFORME DE LUKE. El investigador jefe Rabb anuncia: «¡Todos podríamos ser PEs!».
53. INFORME DE LUKE. Louie encuentra un agujero en la pared.
54. BILLY. Cómo los PEs provocaron la Gran Desaparición.
55. BILLY. Louie sugiere que los PEs vuelvan a Asquerosilandia.
- ~ EXTRACTO DE PRENSA: Más definiciones proteicas.

56. HISTORIA OFICIAL. «Estamos perdidos, perdidos, a menos que...».
57. BILLY. Planificación del mayor evento *pordiversión* de la historia humana.
58. BILLY. Billy disfruta de un paseo por la montaña.
~ EXTRACTO DE PRENSA: Tuits de pánico evidencian un problema.
59. INFORME DE LUKE: Los federales intentan explicar por qué bombardearon las Bermudas con armas nucleares.
60. BILLY. En medio de la muerte, el juego continúa.
61. INFORME DE LUKE. *Manidiversión* en Manhattan.
~ EXTRACTO DE PRENSA: Pensamientos de LS sobre los humanos.
62. BILLY. Billy y los chicos conocen a unos policías y la Asociación Nacional del Rifle se mantiene firme.
63. INFORME DE LUKE. Caos en la primera *manidiversión* nacional.
64. BILLY. En Central Park con casi un millón de amigos.
65. INFORME DE LUKE: Manifiesto de la nación de Central Park.
66. BILLY. ¿Pueden Billy y los PEs salvar a la nación de Central Park?

Si Dios creó al hombre a su imagen
y semejanza, ¿quién diablos creó a
los PEs?

HUMANO ANÓNIMO

Los seres humanos son el procedi-
miento empleado por el planeta para
suicidarse.

PE ANÓNIMO

Me llamo Billy Morton. Cuando conocí a Louie era patrón de una pequeña embarcación pesquera con base en Greenport, en el North Fork de Long Island. Navegábamos por el Estrecho de Long Island o hacia el este de Montauk, y yo y mi tripulación, compuesta por dos despreocupados pelagatos, echábamos las redes para ver si pescábamos algo. Aunque podíamos estar faenando tres días enteros, ahora que mi salud no era tan buena como antaño solo nos quedábamos dos. Antes tenía dos barcas y ganaba mucho dinero, pero los peces se cansaron de que los sacaran del agua para ser triturados en comida para gatos, así que empezaron a extinguirse. Tuve que vender la mitad de mi flota y quedarme solo con el Vagabond, un barco de once metros de eslora cuyo motor diésel databa de la Guerra de Secesión y cuya madera del casco era tan vieja que la especie de árboles de los que procedía está ya extinguida. Pero al menos era mío.

Es una embarcación discreta pero cómoda. Yo soy el jefe y los chicos lo saben. Pero también saben que pueden aflojar el ritmo de vez en cuando o tomarse un descanso de diez minutos sin que nadie les grite. De hecho, si no aflojaran el ritmo de vez en cuando, no los habría contratado. No me gustan los tipos demasiado serios. Mientras se haga el trabajo, no me preocupa mucho cómo se haya hecho.

Así que cuando Marty Beck me dijo que un pez barrigón había «saltado al techo de la cabina», supuse que Marty estaba bromeando y pensé que era una ocurrencia ingeniosa. Marty es un buen hombre pero el ingenio no es uno de sus puntos fuertes. Yo

sabía, y él sabía, que los peces no pasan de la cubierta de faena-
do al techo de la cabina, a menos que los arrojen hasta allí.

Pero cuando vi que Sam Potter escuchaba sin inmutarse a Marty mientras este contaba lo del pez saltador, entendí que la tripulación quería tomarme el pelo o que Marty hablaba en serio.

—El pez ha saltado al techo de la cabina, ¿eh? —digo.

—Sí —responde Marty, rascándose la cara interior del muslo derecho, por encima del mono de caucho—. Se encaramó de un salto.

—Ha saltado al techo —digo yo.

—Después de alejarse de nosotros rodando cuando fuimos a tirarlo por la borda —dice Sam, asintiendo seriamente con la cabeza y concentrado en contar bien la historia.

—Repítelo.

—Yo lo tiré por la borda —dice Sam—. Era el pez globo más raro que he visto en mi vida. Era grande, como una pelota de baloncesto, pero parecía no servir para nada. Lo tiré por la popa y volví al trabajo.

Yo estaba al timón en aquel momento, frente a mis dos chicos, esperando pacientemente a que terminaran la historia, no muy seguro aún de si sería un bromazo o algo por el estilo.

—El pez volvió —dice Marty—. Saltó la borda y cayó en la toldilla.

—El pez saltó al barco —digo, esperando el remate del chiste.

—Eso mismo —dice Sam.

—Y luego, cuando fuisteis a tirarlo otra vez por la borda, saltó al techo de la cabina.

—Exacto. Se subió de un solo bote.

—¿Y dijo algo? —pregunto.

Los dos hombres me miraron. Sabían que yo era un bromista, pero a veces eran un poco lentos para pillar mis chistes. En ocasiones deseaba que hubiera chicos más listos dispuestos a traba-

jar dieciséis horas al día por una miseria, claro que entonces no serían tan listos.

—Vamos a echar un vistazo —digo.

Le cedí el timón a Marty y salí de la cabina con Sam.

Cuando miré al techo, lo que vi fue una pelota peluda. Más grande que una de baloncesto, más bien como un balón de playa. Cubierta de pelos cortos y plateados. No era un pez globo.

Alargué la mano para cogerlo y se alejó rodando hacia la derecha. No tenía boca, ni aletas, ni extremidades, ni ojos, así que es un misterio cómo vio que me acercaba.

Di un par de pasos a la derecha y alargué las manos otra vez. La cosa rodó hacia donde había estado antes.

—Supongo que no quiere que la tiremos por la borda —dice Sam.

—¿Qué coño es? —pregunta Marty desde el timón.

Eso, qué coño es. He visto muchas cosas extrañas sacadas de las profundidades, pero nunca un pez que bote, sin extremidades, ni aletas, ni ojos, ni ningún otro rasgo propio de un pez. Solo una estúpida pelota de playa con mucho pelo suave y fino.

Tras mirarlo fijamente un buen rato, a ver si se me ocurría algún pensamiento brillante al respecto, suspiré y me alejé.

—Seguramente será otra criatura del espacio exterior —digo, volviendo al timón.

Mis dos chicos me miraron, luego miraron la pelota de playa del techo. Luego volvieron al trabajo.

Ya en el muelle, Marty y Sam cargaron las cajas de pescado en el camión de Sam, limpiaron las cubiertas lo mejor que pudieron y, cuando ya estaba oscureciendo, se fueron a entregar el pescado y después a sus casas. Antes de irse, los dos echaron un vistazo a la cosa del techo, luego otro a mí, y se piraron tratando de aparentar serenidad y despreocupación.

Aparentar serenidad y despreocupación siempre es una buena estrategia para un hombre, sobre todo cuando no tiene la menor idea de lo que está pasando. Me quedé de pie en cubierta y miré a la cosa.

—Me voy a casa —digo en voz alta—. ¿Vas a quedarte ahí?

La cosa pareció estirarse unos centímetros hacia arriba, adquiriendo la forma de un huevo peludo de un metro de altura apoyado en un extremo. Luego volvió a convertirse en una esfera.

—Bueno, ya te apañarás —añado.

Me alejé, recogí el petate, me dirigí a la escalerilla de popa que daba acceso al muelle y bajé a tierra firme. Era tarde y había atracado en un rincón del puerto deportivo, donde las demás embarcaciones apenas veían otra acción que las ocasionales borracheras portuarias. Y además, a finales de septiembre, casi todos los barcos se habían retirado hasta el año siguiente. Así que no había nadie por allí cuando puse el pie en el embarcadero y miré hacia atrás.

La cosa había caído, saltado o resbalado del techo, había dado con sus pelos en cubierta y rebotado limpiamente hasta el muelle, a menos de dos metros de mis botas.

Asentí con la cabeza, como si fuera algo totalmente normal que un pez que estaba en un barco diera un salto de cuatro metros con la aparente intención de querer seguirme a casa.

Tras mirar a mi alrededor para averiguar si alguien más había visto las acrobacias del pez, comencé a alejarme. Mientras caminaba hacia mi camioneta, la cosa iba rodando a mis espaldas.

—Quieres acompañarme un poco más, ¿eh? —digo.

Al llegar a la camioneta, tiré el saco en la parte trasera, abrí la portezuela del copiloto y la dejé abierta. La cosa, a casi dos metros detrás de mí, se quedó inmóvil un momento y luego rodó y entró en el vehículo de un salto.

Advertí que a mi derecha había otro tipo que estaba abriendo su coche y mirando fijamente lo que acababa de pasar, pero cuan-

do cerré la puerta del copiloto y le dediqué un breve saludo, me lo devolvió con un movimiento de cabeza y se metió en su coche. Supongo que imaginó que si un balón de playa que daba botes por iniciativa propia no me molestaba a mí, tampoco iba a molestarlo a él.

Me senté al volante, puse en marcha el motor, me volví y miré al pez peludo que estaba sentado junto a mí.

—De coña —digo.

Y volví a casa.

Vivimos en una granja de mediados del siglo XIX que ha visto mejores días, pero que aún respira. Cuando la compramos, era una de las últimas granjas supervivientes de North Road, pues muchas de ellas habían sido derribadas para dejar sitio a las bodegas que durante más de treinta años habían invadido el este de Long Island como una plaga. Una buena plaga, supongo, sobre todo si te gusta el vino, que significó no obstante la muerte de las plantaciones de patatas y de las viejas granjas.

Salvo la nuestra, que se alza con determinación en una finca de dos mil metros cuadrados. A un lado teníamos una vasta viña, tan cerca que podía asomarme a la ventana de la sala de estar y coger uvas siempre que me apetecía. Al otro, había una gran extensión de césped que pertenecía al tipo rico que vivía en la casa contigua, es decir, a unos setenta metros de nosotros. Y su vivienda estaba a treinta metros de la carretera, mientras que la nuestra estaba tan próxima que podíamos oír las conversaciones de los pasajeros de los coches que pasaban zumbando.

Aquel anochecer, al llegar al porche trasero, me pregunté qué estaba haciendo. La pelota de playa estaba a un par de metros de mí, encima del peldaño superior. Algo que había salido del mar me había seguido a casa. No se parecía a nada que hubiera visto hasta entonces, ni de lo que hubiera oído hablar, salvo en el *Natio-*

nal Inquirer o en una novela de ciencia ficción. Pero por alguna razón, no estaba asustado.

Fui a la cocina pisando fuerte, como hago siempre, dejando que el cancel diera un portazo a mis espaldas, y dejé el petate en un rincón. Carlita estaba friendo algo en una sartén y oí a nuestros dos hijos discutiendo alegremente en la salita.

Normalmente, me acerco al frigorífico y saco algo frío y con alcohol, pero aquella vez me detuve en medio de la cocina y miré hacia la puerta de tela metálica. La cosa estaba en el porche, al otro lado de la puerta. Estoy por decir «mirándome fijamente», pero como esa cosa no tenía ojos, le habría resultado muy difícil mirar.

Me giré hacia Carlita.

—Tenemos visita —digo.

Lita me miró y esperó a que me explicara. Tiene casi veinticinco años menos que yo, y es una ricura brillante y con carácter que no suele perder el tiempo con tonterías.

La miré, volví a la puerta de tela metálica y la abrí. La cosa vaciló un segundo, entró rodando y se detuvo a tres metros de Carlita. Tengo que reconocérselo, Lita se mantuvo en su sitio, aunque creo que levantó la rasera como quien se defiende instintivamente. Después de mirar un buen rato a la cosa, se volvió hacia mí.

—¿Dónde está el chiste?

Pasé por su lado camino del frigorífico.

—No hay ningún chiste —digo—. Esa cosa saltó a nuestro barco en Fisher's Island y luego me siguió hasta casa.

Cuando la cosa se me acercó rodando metro y medio, Lita dio un paso atrás para alejarse. La siguió con los ojos, sin decidir aún si reírse, chillar o gritarme para que echara a aquella maldita cosa de su cocina. Ha sido abogada, así que procura no tomar decisiones precipitadas.

—¿Qué es? —preguntó finalmente.

Saqué una cerveza del frigorífico, la abrí y miré la cosa.

—Ni idea.

Ella me miró a mí, luego miró la cosa y volvió a su sartén.

—Bueno, hasta que descubras qué es, déjala en el sótano.

Asentí con la cabeza. Lita siempre ha sido la más práctica de la casa.

De hecho, había convertido una pequeña zona del oscuro y húmedo sótano en una especie de salita para los niños, poniendo un par de ventanas, un suelo de contrachapado y una moqueta de pared a pared cuyo color había sido originalmente blanco, pero que ahora, tras una década de uso infantil, estaba más cerca de ser marrón. Cuando llegué al último escalón de la empinada escalera, con la cosa botando detrás de mí, Lucas estaba con su ordenador y Jimmy dando de comer a su pez dorado. Lucas tiene casi doce años y es un chico serio, siempre lee libros y tiene ganas de hablar sobre ecología, el karma y otros asuntos que a veces tengo que buscar en una enciclopedia para saber qué son. Jimmy solo tiene ocho y es todo imaginación e impulso. Cree que su hermano es aburrido.

Lucas se parece mucho a mí físicamente: hombros anchos, pecho recio, una mata de cabello oscuro y rebelde. Su piel es aún más oscura que la de Lita, ya que hay por medio muchos genes hispanos que proceden de la familia materna de su madre, que es cubana. Salvo por el color de la tez, Jimmy se asemeja más a su madre: es pequeño, ágil y guapo. Jimmy es un poco más oscuro que yo, pero no mucho. Así que Lucas es el único miembro de la familia al que ocasionalmente llaman «negrata» o «espalda mojada».

Después de saludarme con un «hola, papi», vieron la bola peluda. Al principio se sorprendieron, sobre todo cuando dio un salto y aterrizó en el respaldo del sofá.

—¿Qué es eso, papá? —pregunta Lucas.

—Es una especie de mascota moderna que he comprado hoy en un mercadillo —digo.

Como estaban acostumbrados a que les contara cosas que no tenían nada que ver con la realidad, ninguno de los dos creyó aquello ni por un segundo. Se quedaron mirándola, posada en el respaldo del sofá.

—Es asqueroso —dice Lucas.

Pero entonces la cosa se dejó caer sobre los cojines, saltó al suelo y finalmente fue a parar al lado de Jimmy. El chico se mantuvo en su sitio. La cosa se detuvo junto a sus piernas y, tras una breve pausa, Jimmy se inclinó y la acarició. Tengo que reconocerlo al muchacho: estaba mucho más tranquilo que yo con aquella cosa.

Bien, en los minutos que siguieron ocurrió algo que cambió nuestras vidas para siempre. Que me aspen si a nuestros hijos no les gustó aquella cosa. A los pocos minutos de haberla llevado al sótano, los dos la trataban como si fuera un juguete. Jugaban con ella como si fuese un muñeco; la cosa rodaba y daba botes mientras ellos la perseguían y los chicos se partían de risa hasta que, a los diez minutos, empezaron a aburrirse. Lo siguiente que supe (yo estaba sentado al pie de la escalera del sótano, observándolo todo) fue que la cosa se dejó capturar y se quedó tranquilamente en los brazos de Jimmy mientras Lucas la acariciaba. Creo que fue entonces cuando se me pasó por la cabeza que esa cosa podía ser muy inteligente.

Cuando los chicos se cansaron de jugar con el «Pez Extraño», como lo llamaron, Lucas volvió a su ordenador y Jimmy encendió el televisor para ver un documental sobre las focas del Antártico. Por razones que supongo que tendré que explicar más adelante, Carlita no dejaba que los niños vieran los canales que veía todo el mundo, así que para Jimmy y Lucas los documentales eran sus series y sus películas de acción. El Pez Extraño estaba en el sofá, al lado de Jimmy, y parecía estar «mirando» también,

aunque yo seguía sin tener claro cómo podía mirar una criatura que no tenía ojos. Sin embargo, presentía que la cosa no era una amenaza para los niños, así que subí la escalera con paso firme dispuesto a cenar.

Aquella noche, cuando los niños fueron enviados a la cama, me senté en el sofá del sótano con la cosa, para ver un aburrido programa de televisión sobre los beneficios de la energía nuclear. Decidí entonces que ya era hora de buscar unas cuantas respuestas.

— ¿Te importa si te toco? —pregunto sabiendo que la cosa no tenía orejas visibles, pero dando por sentado que absorbía información por algún lugar de su peludo cuerpo.

Naturalmente, la cosa no respondió.

Así que lentamente alargué la mano derecha y lo toqué con cuatro dedos. El cabello era muy suave y fino, y parecía haber más pelos por centímetro cuadrado que en cualquier otro animal que yo hubiera visto o tocado en mi vida. Los pelos medían apenas un centímetro.

Apoyé la mano con más fuerza y que me lleve el diablo si mi mano no se hundió en su cuerpo como si este estuviera hecho de pastel de tapioca (pastel de tapioca con pelos), de algo blando que se tragó parte de mi mano.

Había pensado que la cosa sería dura, así que aquella blandura era un poco inquietante. A pesar de todo, no dije nada y seguí apretando. Cuando me di cuenta, tenía la mano y el brazo entero metido en la cosa hasta el sobaco. Me dio un susto de muerte, pensé que iba a ser el primer humano devorado por un balón de playa. Traté de sacar el brazo, pero la cosa parecía sujetarlo con garra de hierro. Me puse en pie y la cosa se levantó del sofá sin soltarme el brazo. Había perdido su forma de balón de playa y ahora era más bien ovalada, de un metro de longitud, con más de la mitad de su cuerpo alrededor de mi brazo. Sentí como si un

cocodrilo peludo y sin ojos se estuviera tragando mi extremidad. No dolía, pero parecía que me estuvieran exprimiendo el brazo.

Quise gritar, sacudí el brazo y salí corriendo como un loco, pero gritar y correr no es sensato, y correr es algo que trato de evitar a mi edad, así que me quedé allí y dejé que mi brazo y la cosa cayeran a un costado.

Luego, aquel «pez extraño» me soltó el brazo y, tras recuperar su forma esférica, dio dos botes alejándose de mí, subió por la pared de ladrillo del manto de la chimenea, después bajó hasta el suelo y a continuación fue hacia la pared de enfrente para acto seguido, antes de que yo hubiera asimilado lo que estaba pasando, volver a enrollarme el brazo exactamente como antes.

Me dejé caer en el sofá y me eché a reír. Aquel ser era un guasón. Parecía estar diciéndome: «Eh, viejo, no te preocupes por que te agarre el brazo, porque eso no significa mucho más que los botes de pared a pared. No es más que una de las cosas raras que hago».

Seguidamente, la cosa me soltó el brazo y volvió a ser un balón de playa sentado en el sofá, junto a mí, atento a la pantalla de la tele. Tras unos segundos, le pasé el brazo alrededor como había visto hacer a los chicos un par de veces. Que me ahorquen si la cosa no se acurrucó más contra mí.

Me quedé sentado allí durante medio minuto y luego le di un pequeño apretón.

—Louie —digo—, creo que este es el principio de una hermosa amistad.

Esperaba que Louie se riera, pero supongo que no había visto *Casablanca*, así que no pilló mi broma.

Que es lo que suele ocurrir con las bromas que gasto.

Los chicos lo llamaron PE, por «pez extraño», y mi esposa «ese interesante no sé qué». Yo no lo llamaba de ninguna manera al

principio, pero empecé a pensar en él dándole el nombre de Louie. Sabía que no era un pez y que era mucho más que un balón de playa, y mucho más que cualquier cosa que hubiera conocido hasta entonces. Habría creído que era una criatura del espacio exterior si no fuera porque los extraterrestres tenían ojos grandes como pelotas de pimpón, cabeza grande y brazos y piernas delgaduchos, y no se parecían en nada a Louie.

Vio la tele durante casi todo el primer día que pasó en casa (mi mujer incluso le dejó ver las cadenas de telebasura), pero la noche del segundo día lo pillé leyendo un *Penthouse*. Me quedé un poco sorprendido y decepcionado, y me pregunté cómo pensaba introducir su extremidad en una de aquellas mujeres despampanantes si no tenía ninguna extremidad que introducir, pero un par de horas más tarde lo encontré leyendo uno de los volúmenes de una vieja enciclopedia que teníamos abajo. Y más tarde lo sorprendí hojeando un viejo *Progressive Magazine* que Lita había dejado por allí.

Digo «leer», pero lo que yo veía realmente era a la cosa en el sofá, con la revista o el libro delante, y cómo cada dos segundos la barriga se le estiraba hasta formar una especie de brazo que pasaba una página. Y luego otra.

No tenía que volver a salir con el barco hasta la semana entrante, así que disponía de mucho tiempo libre, pero hasta el mediodía del día siguiente no se me ocurrió que quizá debía intentar buscar en Google alguna información sobre aquella extraña criatura.

Tal vez se pregunten qué puede hacer en Google un vejete que no sabe nada de Google, pero esa es la ventaja de estar casado con una mujer joven que es inteligente y educada, y tener dos niños en casa. Ambos chicos me dan mil vueltas en Google, pero aun así creo que soy bastante bueno para no haber mamado de las ubres de un iMac, no haber tenido ordenador en la adolescencia para ver porno y no llevar un iPhone o un iPad pegado a

la mano para comunicarme con cualquier ser del universo siempre que sienta el impulso de hacerlo.

Así que fui a mi estudio (nuestro dormitorio) y escribí en Google «pelota de playa peluda». Bien, declaro con orgullo que Google casi se atragantó con la descripción. Al principio de la lista estaba esto:

«Zona velluda del pubis femenino que se abomba creando una forma esférica. Añádase la hendidura vaginal y esa zona parecerá una cuña peluda que...»

Hay que reconocerlo a Google: siempre da algo aunque no tenga nada que ver con lo que le dijiste que buscara. Repasé un montón de cosas poco pertinentes, como «pubis femenino con vello», pero no vi nada que tuviera algo que ver con PE. Aparecieron muchos enlaces de foros de discusión sobre «pelotas peludas», pero ese era un tema que no me interesaba, así que seguí adelante.

Probé con «pez redondo peludo», aunque estaba casi seguro de que Louie no era un pez.

Google se puso en marcha otra vez. Salió un enlace a una página que decía «evitar peces peludos» que me pareció de comprobación obligatoria, pero no acababa de explicar por qué había que evitar los peces peludos.

Así que salí de la página y escribí en el buscador «pez de forma extraña». Ningún pez redondo y peludo. Encontré una bonita foto de un gran pez globo que se parecía mucho a mi PE, pero que tenía ojos, boca, cola, aletas y nada de pelo. Y apuesto a que tampoco sabía acurrucarse.

Así que deduje que nuestra criatura era única.

Y me gustó la idea.

Le dije a Lita y a los niños que estaba casi seguro de que nuestro nuevo amigo no era un pez, por lo que ya no podíamos llamarlo PE. Acordamos que tampoco era adecuado referirnos a él como «pelota de playa», porque eso no daba cuenta realmente

de lo que sabíamos acerca de él ni de lo que empezábamos a sentir por él. Mi mujer sugirió llamarlo «ordenador peludo», pero los chicos querían seguir llamándolo PE porque ya se habían acostumbrado al nombre, así que me rendí y les dije que PE podía significar otras cosas además de «pez extraño». Pidieron un ejemplo y yo digo: «Bueno, primo estúpido». Y Lita dice: «¿Qué tal primo encantador?». Y Jimmy dice: «¡primo extraordinario!». Y a todos nos gustó. Y luego Lucas sugiere: «¿Y qué tal puto primo enrollado?». Pero Jimmy señaló que entonces sería PPE y demasiado complicado.

Finalmente acordamos que nuestro nuevo amigo era un PE, lo que según el humor que tuviéramos podía significar cualquier cosa, desde «primo enrollado» a «puto extremista», pasando por «pajarito extranjero» y «píldora encarnada». Encontramos más de cincuenta significados posibles para PE antes de aburrirnos y darnos cuenta de que estábamos diciendo muchas tonterías.

Aquella noche, ya en la cama con Carlita, advertí que ambos estábamos totalmente despiertos y, lo juro, en cuanto tuve ese pensamiento, Lita va y dice:

—Creo que PE es mucho más inteligente de lo que parece.

La miré a la tenue luz del dormitorio y, pensando en el aspecto de PE, ambos nos echamos a reír.

—Creo que PE es un ser muy especial —añade—. Realmente, es algo así como una criatura milagrosa.

—Afirmativo.

—Pero creo que podría ser peligroso —dice.

—Hasta ahora no lo ha sido —respondo.

Se quedó callada un momento y luego dice:

—Hasta ahora no. Pero cuando he bajado a recoger la ropa sucia de los niños, estaba delante del ordenador, y a menos que estuviera pulsando teclas al azar, navegaba por Internet más aprisa que nadie que yo haya conocido.

—Afirmativo.

—Creo que nos entiende mucho mejor que nosotros a él.

—Afirmativo.

Durante un rato estuvimos mirando el techo.

—Creo que nos va a dar problemas, Billy —dice al fin.

—Afirmativo.

Y nos dimos la vuelta y nos abrazamos con fuerza.

NOTAS INFORMALES DEL AGENTE MICHAEL JOHNSON
SOBRE LA FORMACIÓN DE LA UNIDAD A

La Agencia de Seguridad Nacional no fundó una unidad especial para investigar terroristas alienígenas hasta el año 2015. ¿Acaso se durmieron estando de guardia? No lo creo. La idea de que visitantes del espacio exterior pudieran estar conspirando en secreto contra Estados Unidos no era una forma habitual de pensar, así que cuando surgió la idea de formar una unidad especial para investigar esa posibilidad, fue recibida con sano escepticismo. Sin embargo, el deseo de no dejar piedra sin remover ni burocracia sin ampliar en nuestra Guerra contra el Terrorismo era demasiado grande. Se formó una unidad.

La primera gran misión de la unidad fue encontrar el nombre exacto que le correspondía. Eso fue tres semanas antes de que me destinaran a ella, así que no me considero culpable de todo aquel tiempo perdido. Dos semanas más tarde dieron por fin con una denominación brillante: se llamaría Unidad A de Investigación.

Nótese cuánto se consiguió con este nombre: no se mencionaba a los alienígenas. La A de la Unidad de Investigación podía parecer una simple letra que indicaba prioridad. Además, cuando la unidad evolucionó, quedó claro que sus investigaciones iniciales se centraban en anomalías: pautas, normalmente pautas que incluían violencia y no podían explicarse a partir de la actividad y las motivaciones humanas habituales. Así que la A podía refe-

rirse a anomalías, y así fue hasta que el descubrimiento de terroristas alienígenas reales justificó que saliera del armario.

Inicialmente, la Unidad A peinó Internet y los medios de comunicación de todo el mundo, en busca de noticias que a causa de su extrañeza hubiera que considerar una interferencia alienígena. Durante un tiempo se investigaron todas las denuncias de abducción por extraterrestres y se interrogó a muchos abducidos para comprobar si se les había escapado algo a anteriores investigadores.

En los primeros dos años hubo dos «anomalías» que requirieron nuestro tiempo y análisis. La primera fue la muerte de casi cien individuos de una tribu de Bongulu, una remota población del noreste de la República Democrática del Congo. Como solo habían quedado tres habitantes después de la misteriosa catástrofe que había acabado con sus vecinos, la Organización Mundial de la Salud envió a investigar a un pequeño equipo de especialistas. Los expertos no fueron capaces de determinar qué había matado a los miembros de la tribu. «Causas desconocidas», concluía el informe. Aquella tribu en particular no estaba relacionada con ningún bando de ninguna guerra civil. La gente había vivido en paz y pobreza durante casi dos siglos, desde que se habían llevado a los últimos esclavos. Eran musulmanes y por lo tanto improbable que hubieran sido víctimas de terroristas del ISIS o de sus colegas.

Así que de forma natural surge una pregunta: ¿podrían ser alienígenas que estaban probando métodos mortales en una tribu recóndita de un lugar recóndito para no llamar la atención sobre sus experimentos? La Unidad A lo investigó. Pero no encontró nada.

La segunda anomalía tuvo lugar en Siberia. En un remoto pueblo de la cordillera Sredinny, en la península de Kamchatka, apareció de repente una extraña criatura que ni los lugareños ni nadie fue capaz de entender. La criatura llamó la atención del

mundo más civilizado cuando un sanitario ruso hizo su visita semestral al pueblo para ver si podía mejorar la salud pública. Los habitantes del pueblo aseguraban que la criatura cambiaba continuamente de forma, podía ser una pelota y rodar a setenta kilómetros por hora, podía estirarse como una jirafa y coger fruta de las copas de los árboles y parecía incluso saber leer, aunque los lugareños no se ponían de acuerdo sobre este punto. A la criatura parecía gustarle jugar al escondite, aunque ni los aldeanos ni la criatura habían oído hablar nunca de ese juego. En cualquier caso, cuando el inspector de sanidad fue a ver al extraño ser, no pudieron encontrarlo. O mejor dicho: podía ser visto por cualquiera del pueblo, pero en cuanto se lo señalaban al inspector, el ente desaparecía. El funcionario informó de que en cierto momento vio una pelota de playa de color plateado que pasaba a gran velocidad por la calle embarrada, a unos quince metros de distancia, y que los del pueblo dijeron que era el ser en cuestión, aunque él pensaba que tal vez quisieran tomarle el pelo formando una bola de barro para que la viera.

Después de tres días de esfuerzos infructuosos para ver al pequeño granuja, un pequeño granuja al que los del pueblo, sobre todo los niños, parecían ver todo el rato, el inspector tuvo que irse. En su informe sobre la salud del pueblo señaló que lo peor era un grave caso de histeria colectiva, con alucinaciones en grupo poco comunes.

El informe fue recogido por un intrépido reportero del *Ubiskitan Times and News Report Herald* con un titular de tamaño mediano que decía: «Ente alienígena visita Odipac». El equipo de la Unidad A encargado de peinar Google encontró este artículo y lo envió a la oficina central.

No obstante, poco más salió de nuestra investigación hasta que tuve la buena suerte de tropezar con un nuevo acontecimiento que iba a convertir la Unidad A de Investigación en la más importante de toda la Agencia de Seguridad Nacional.

A Louie le encantaba el agua. Saltaba a una bañera llena a rebo-sar de agua fría al menos tres veces al día y se quedaba allí, bajo la superficie, como una piedra gris y redonda. Así que Jimmy preguntó si podía llevarse a Louie a pasear por los bosques, hasta la bahía. Si no había nadie en aquel solitario trecho de playa, entonces Louie se bañaría y estaría más contento que unas pas-cuas.

Así que Jimmy echó a andar por el bosque que había detrás de nuestra casa, con Louie rodando a su lado. El bosque se exten-día a lo largo de los límites del viñedo casi hasta el estrecho de Long Island, que está a menos de un kilómetro de distancia. El tipo rico era el propietario del bosque, pero no llamaba a los agen-tes de Operaciones Especiales cuando los chicos o yo íbamos de excursión por allí. Jimmy no solía ir a la bahía si no iba conmigo o con Lucas, porque el año anterior había tropezado un par de veces con chicos algo más mayores que se burlaron de él y lo amenazaron con darle una paliza. Un día que estaba paseando al perro de su tía Juanita, aquellos matones se pusieron a golpear al animal con palos, y cuando Jimmy trató de detenerlos, empe-zaron a cascarle a él y el chico escapó por piernas, perseguido por sus risas.

Jimmy se alejó alegremente con Louie rodando a su lado o sal-tando unos metros por delante. Jimmy cogió un palo y lo tiró delante de ellos y, lo juro, Louie rodó rápidamente hasta él, lo recogió y volvió rodando para dárselo a Jimmy con unas cosas parecidas a pinzas diminutas que proyectó de la parte superior, si es que puede decirse eso de una esfera.

Jimmy se echó a reír y a punto estaba de volver a lanzar el palo cuando vio a tres muchachos de quinto, dos de ellos los que le habían molestado antes, que llegaban por el camino de la bahía. Yo le había dicho que no permitiera que otros chicos vieran a Louie y estaba asustado. Pero cuando miró hacia abajo, vio que al pequeño granuja le habían salido cuatro patas, una cabeza y una cola que sacudía como si fuera un limpiaparrabrisas. Parecía algo así como un perro raro, pero sin ojos ni orejas y con algo que Jimmy pensó que se parecía vagamente a una lengua que colgaba diez centímetros por delante del rostro. Louie el perro parecía más que nunca una criatura del espacio exterior.

Los tres chicos de diez años se detuvieron y se quedaron mirando al perro. Louie duplicó la velocidad de los coletazos.

—¿Qué coño es eso? —pregunta el más corpulento, que lo era porque estaba gordo.

—Es mi nuevo perro —dice Jimmy.

—Y una mierda un perro —dice el gordo—. Eso no es un perro. Otro chico cogió un palo y pinchó con la punta a PE.

—Hola, perrito, ¿cómo te llamas?

Los tres mozalbetes se echan a reír, y el gordo coge un palo más grueso y largo y le da un estacazo a PE en todo el lomo. PE se queda impertérrito, moviendo la cola.

—¡Di algo, bicho raro! —dice el otro chico.

El gordo vuelve a descargar el palo. La cola de PE deja de moverse. El gordo levanta el palo nuevamente.

—¡AAHGRRRRHHRRRGRR! —el rugido ha brotado de alguna parte de PE y han podido oírlo en Manhattan.

Los tres chicos se quedan con la boca abierta, tiran los palos y empiezan a retroceder.

—No muerde —dice Jimmy.

—¡AAHHGRRRRHHRRRGRR! —repite PE.

Los tres chicos dan media vuelta y echan a correr.

Al principio, Louie levantó la cabeza sin ojos para mirar a Jimmy y de pronto salió como desbocado, avanzando de forma extraña tras los chicos que huían. Parecía un ciempiés epiléptico al que solo le quedaran cuatro patas. Cuando los chicos miraron hacia atrás y vieron a aquella extraña criatura persiguiéndolos, pisaron el acelerador y corrieron a mayor velocidad que cualquier muchacho de diez años en la historia de la humanidad.

—¡PE! —grita Jimmy.

Y PE se detiene derrapando. Da media vuelta y regresa trocando hasta Jimmy, agitando otra vez la cola.

—Siéntate —dice Jimmy.

Y PE se agacha, adoptando una actitud de perro sentado poco convincente.

—Caramba —dice Jimmy.

Bien, pensarán que no se hizo daño a nadie, pero eso es porque no han prestado atención a cómo funciona la vida. Al día siguiente, cinco chicos, casi todos de edad pareja a la de Jimmy, uno de ellos perteneciente al grupo que había visto a PE en el bosque en forma de perro, llegan a la puerta de la cocina y le dicen a Jimmy que quieren jugar con el perro en cuestión. Jimmy viene a preguntarme qué debe hacer. Yo sabía que no podíamos mantener oculto a PE para siempre. Como sabía que estaba deseoso de enseñar a PE a sus amigos y soy un imbécil por ceder en todo lo que Jimmy quiere, bajo al sótano donde Louie está trabajando en el ordenador y le digo que tiene visita. Querían ver qué era capaz de hacer.

Pulsa varias teclas, luego baja de la silla de un salto, sube la escalera hasta la cocina y sale de la casa de un salto, como quien ha suspendido temporalmente sus actividades.

Creo que PE y los niños se pusieron a jugar a algo parecido al «corre que te pilló», pero pronto quedó claro que toda la diversión consistía en que los cinco muchachos persiguieran a PE. Y con cinco niños gritando, riendo y persiguiéndolo, PE botaba y

rodaba, se deslizaba y trepaba a los árboles, golpeando los pies de los chicos y escurriéndose con tanta rapidez que parecía de azogue. En un santiamén saltaba a uno de nuestros manzanos y sacudía una rama para que las últimas manzanas cayeran sobre las cabezas de los niños, y antes de que estos se dieran cuenta ya había envuelto a Jimmy tan completamente que lo único que se veía del chaval eran la cabeza y los pies, y de alguna manera el dúo formado por PE y Jimmy se las arreglaba para esquivar a los otros.

Finalmente, como cuando PE era el perseguidor no se privaba de alcanzar a cualquiera en una fracción de segundo, los niños comenzaron a cansarse y a aburrirse del juego.

Lo siguiente que supe fue que se habían dividido en dos equipos y estaban jugando al fútbol, con Louie haciendo de balón gigante. A los niños les encantaba dar patadas a Louie y a él también parecía gustarle, si bien el juego resultó ser un fútbol un tanto particular, ya que un chico podía dar una patada a la pelota y dirigirla directamente a la portería, pero a dos tercios del camino el balón, es decir PE, se desviaba en la dirección que le apetecía, o rebotaba en la cabeza del portero. O también podía suceder que algún pobre muchacho fuera a darle un salvaje puntapié cuando PE estaba exactamente delante de él, y entonces el maldito «balón» se agachaba, quiero decir que se achataba y aplanaba hasta convertirse en un rectángulo pegado al suelo, y el chico fallaba y caía de culo.

El partido terminó cuando PE se metió entre las piernas de un crío llamado Donny y el muchacho cayó al suelo y se echó a llorar. Se había torcido la rodilla o algo parecido. Ni siquiera podía andar. Los otros chicos parecían preocupados, así que bajé del porche, miré la rodilla de Donny (no vi nada) y lo llevé en brazos a mi camioneta para acercarlo a su casa.

Louie llegó rodando junto a mí y, cuando ya había puesto a Donny en el asiento del copiloto y yo me había sentado ante el volante, saltó a la parte trasera de la camioneta.

Fue entonces cuando reparé en el berenjenal en que nos habíamos metido. Los padres de Donny preguntarían qué había pasado y Donny les diría «PE me ha tirado al suelo». «¿Y quién es PE?» «PE es una pelota de playa que puede trepar a los árboles y escurrirse y luchar y correr más rápido que un caballo y saltar más alto que una casa y...»

Y ese sería el final de nuestro nuevo amigo.

Bajé de la camioneta, fui a la parte de atrás y me quedé mirando a Louie.

—Quédate en casa, Louie —le digo.

Durante un momento no se movió, pero luego bajó de la camioneta de un salto y empezó a rodar lentamente hacia la casa.

Había entendido exactamente lo que le había dicho. Yo sabía que era listo, sabía que estaba aprendiendo mucho, pero todavía no me había dado cuenta cabal de que entendía todo lo que yo decía.

Llevé a Donny a casa de sus padres, lo cogí en brazos, lo dejé en el sofá y me disculpé, pero fue aún peor de lo que esperaba. Mami se puso histérica y gritó: «¡Mi hijo no puede andar!». Papi me miró como si yo hubiera pegado un tiro a su retoño en la pierna y estuviera afirmando que el arma se había disparado por accidente. Cuando el padre empezó a interrogar a Donny sobre lo que había pasado y Donny contó entre gimoteos que PE lo había tirado a propósito, supe que tendríamos problemas.

—¿Quién es PE? —preguntó el padre, como era lógico y natural.

—Es un matón —dijo Donny—. Un balón matón.

El padre no entendió nada, así que se volvió hacia mí.

—¿Quién es ese PE?

Le devolví la mirada con mi habitual ceño de viejo malhumorado, uno que normalmente consigue que la gente vaya pisando huevos a mi alrededor, aunque sabía que allí no iba a funcionar.

—¿Y bien? —insiste el padre.

—Es una mascota, un bulgy que compré en New London la semana pasada.

No sé de dónde salió la mentira, pero salió.

—¿Qué demonios es un bulgy? —pregunta el padre.

—Es un perro ártico que ha evolucionado con los años hasta no tener piernas, y que se mueve rodando y saltando. Tiene forma de balón de playa. Evolucionó hasta adquirir esa forma para poder moverse por la nieve, el hielo y el agua. Y flota muy bien.

Para inventar una sucia mentira como esta se han de tener años de práctica. Y yo los tenía.

—Bueno, ese perro parece que representa cierta amenaza, ¿no es así?

—Bueno, pero es tan listo que lo llamamos doctor Bulgy.

—cuando se me ocurría una buena mentira, me resultaba imposible no embellecerla.

—Por mí, como si lo llaman Einstein. Es una amenaza.

—Afirmativo. Tiene razón. Lo tendré atado y lejos de los niños a partir de ahora —respondo, casi sonriendo ante la imposibilidad total de que alguien pudiera atar a PE.

—Creo que es lo mejor que puede hacer —dice el padre, quien, tras haber demostrado que era el hombre de la casa, se volvió para poner una mano en el hombro de su esposa y entre los dos consolaron a Donny.

Yo me piré a toda prisa. No quería oír a Donny explicando a papá todas las cosas increíbles que podía hacer aquel perro ártico. Además del hecho de que a este le faltaran casi todo el tiempo las patas, la cola, los ojos, la nariz, las orejas y cualquier otro órgano que le hiciera parecerse a un perro. Asimismo, también me preocupó el recuerdo repentino de que el padre de Donny trabajaba en el periódico de Riverhead de director, gerente o algo por el estilo.

Al volver a casa localicé a Louie en el sótano, subido al escritorio de Jimmy, mientras este y Lucas hacían no sé qué en el ordenador. Puse una silla a su lado. Mi hijo pequeño se volvió hacia mí, pero todo lo que hizo PE fue retorcerse un poco, sin cambiar su posición.

—Tenemos un pequeño problema, chicos —informo—. Otros humanos querrán hablar con PE y eso podría causarnos problemas, podrían alejarlo de nosotros.

—¡No! —exclama Jimmy.

—Tenemos que estar en condiciones de esconderlo rápidamente cada vez que aparezca alguien que no queramos que lo vea.

—Eso podemos hacerlo —dice Lucas.

—No será fácil —replico—. No hay muchas criaturas como PE circulando por una casa de North Fork.

En aquel momento, PE rodó hacia el sofá y, cuando ya creía que iba a subirse a las piernas de Lucas, fue como si se fundiera: desapareció bajo el mueble.

—¡Mira, puede hacerlo! —dijo Jimmy lleno de emoción.

Me acerqué al sofá, me agaché y miré debajo.

Había algo peludo, de un metro de largo, tan plano como una tabla de surf.

Está claro que esconderse debajo de un sofá, si es que puedes hacerlo, no es la manera más avanzada de esconderse que conozca la humanidad, pero demostró que PE sabía de qué estaba yo hablando.

—Es listo —dijo Jimmy con orgullo.

Ya lo creo, pensé.

Cuando PE salió de debajo del sofá y adoptó de nuevo su forma esférica, me volví hacia los chicos.

—He dicho a los padres de Donny que PE es una raza extraña de perro del Ártico. Dije que era un bulgy. No tardarán mucho en darse cuenta de que en ningún sitio se ha criado nunca un

perro esférico que se entretiene con videojuegos en un ordenador.

Me prestaron atención.

—Le diremos a todo el que pregunte... —añado— que nuestro Bulgy se escapó y que no sabemos qué le ha pasado. ¿Creéis que funcionará?

—Podríamos decir que lo atropelló un coche y lo enterramos —dice Jimmy.

—Preguntarán dónde lo hemos enterrado —observa Lucas.

—¡Lo lanzamos al mar! —propone Jimmy.

Si tenemos en cuenta los genes que han heredado por parte de padre, tengo unos hijos que son francamente listos.